

SED SANTOS

La Iglesia universal, y de manera especial la que peregrina en el Alto Aragón, se viste de fiesta. Hoy es canonizado por el Papa Juan Pablo II un aragonés ilustre y universal, el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, ya desde ahora san Josemaría. Nació en Barbastro (Huesca), el 2 de enero de 1902. Fue ordenado sacerdote en Zaragoza, el 28 de marzo de 1925; y muy pronto sintió la llamada interior a difundir por todo el mundo la vocación universal a la santidad. Para lograr ese fin fundó el Opus Dei, que cuenta en la actualidad con más de 80.000 miembros.

El nuevo santo escribió numerosos libros de espiritualidad, el más conocido y popular es "*Camino*", que cuenta ya con cerca de cuatro millones y medio de ejemplares en 43 idiomas. Ciertamente, San Josemaría es un aragonés conocido por todo el mundo. Pero no es canonizado por ser mundialmente conocido sino porque se dejó transformar por la gracia de Dios, de manera que su vida de seguimiento a Cristo puede ser ofrecida a los cristianos como modelo a seguir.

¿Qué es un santo? El santo no es alguien perfecto en todo, sin defecto alguno. El santo es alguien que ha experimentado el perdón y la misericordia de Dios, ha quedado seducido por el Mensaje y la Persona de Jesucristo y se ha abierto con gran humildad y generosa docilidad a la acción transformadora del Espíritu Santo, participando así en la santidad de Dios, en su caridad sin medida. El santo es alguien de carne y hueso, alguien muy normal en su vivir y en su actuar pero seducido y conducido por Dios. A modo de ejemplo, podemos recordar que a santa Teresa de Ávila le sorprendió la muerte, enfrascada en una pelea en los tribunales, ayudando a su hermano a recuperar una herencia.

San Josemaría marca un trazado bien nítido para que todos nosotros, enfrascados en mil quehaceres en este comienzo del siglo XXI, en este tiempo de la globalización, de la informática, de la postmodernidad, avancemos por la senda de la santidad. Este trazado nos señala

claramente que, en este mundo descreído y materialista, insolidario e injusto, los cristianos estamos llamados a ser *transparencias del amor misericordioso de Dios*, a ser *iconos del Dios viviente*, a ser portadores de la bondad inagotable de Dios: *Sed santos porque vuestro Padre del cielo es santo*. Y esta llamada a la santidad no está reducida a las personas consagradas a Dios en la vida religiosa, sino a todos: a casados y solteros, viudos y jóvenes, ancianos y niños. San Josemaría insistía machaconamente en que se puede y se debe ser santo en cualquier profesión y estado de vida. ¿No se trata de un mensaje ilusionante, que nos impide instalarnos en la mediocridad? ¿No nos remite esa llamada a vivir más plenamente la novedad del Evangelio, a ser más consecuentes con nuestro bautismo?

La santidad es obra del Espíritu, pero ¿cómo debemos colaborar los cristianos para que esa acción produzca sus frutos? San Josemaría insiste en que el camino para colaborar en la acción santificadora de Dios es: la oración; la participación frecuente en el Sacramento de la Confesión y en la Eucaristía; la dirección espiritual; la honradez de vida; el ejercicio de la caridad, de la solidaridad, con los más pobres.

Que san Josemaría nos ayude, a todos sus paisanos y a todos los creyentes, a enriquecer la Iglesia con nuestro testimonio de santidad, porque sólo se puede evangelizar desde una vida de santidad; él escribió en *Camino*: *Que tu vida no sea una vida estéril. Sé útil, deja poso, ilumina con la luminaria de la fe y del amor*.

Con mi afecto y bendición

+ Juan José Omella Omella
Obispo de Barbastro-Monzón

(Iglesia en Barbastro-Monzón, 6-10-02)